

José Luis Mora García

Universidad Autónoma de Madrid
jose.mora@uam.es

María Zambrano. Una filosofía para afrontar el fracaso

María Zambrano. A Philosophy for Dealing with Failure

Recepción: 7 de septiembre de 2015
Aceptación: 15 de septiembre de 2015

Aurora n.º 16, 2015, págs. 52-64
ISSN: 1575-5045
ISSN-e: 2014-9107
DOI: 10.1344/Aurora2015.16.5

Resumen

Desde la Primera Guerra Mundial hasta el final de la Segunda, incluyendo la Guerra Civil española, fue para intelectuales europeos y españoles tiempo de reflexión acerca del fracaso. Mas fueron los discípulos de la Generación del 14 quienes no renunciaron a pensar el fracaso como derrota sino como esperanza. Para ello el concepto unamuniano de «agonía» fue clave. Este artículo muestra las proximidades y distancias de María Zambrano con otros autores a propósito de este tema.

Palabras clave

Crisis, agonía, fracaso, esperanza, Europa.

Abstract

Some European and Spanish intellectuals thought about failure after the two World Wars and the Spanish Civil War. But failure is only defeat in the absence of hope. María Zambrano looks to Unamuno's concept of "agony" to support her argument. This article shows the proximities and distances of Zambrano's thinking with other authors on the subject.

Keywords

Crisis, agony, disaster, hope, Europe.

A los miles de refugiados fallecidos en el verano de 2015 que buscaban su propia dignidad y les ha sido negada. Nada hicieron las filosofías, las religiones, las ciencias, las artes.

1. Mora García, J. L., «La recepción del pensamiento de María Zambrano», Cerezo, P. (ed.), *María Zambrano. Actas del Congreso Internacional del centenario de María Zambrano*, tomo 1: *Crisis y metamorfosis de la razón en María Zambrano*, Vélez-Málaga, Fundación María Zambrano, 2005, págs. 186-242.

Confieso que mi primera intención, al pensar sobre estas páginas acerca de María Zambrano para *Aurora*, fue la de continuar el trabajo de recepción realizado con motivo del Congreso del centenario que trataba de compendiar y completar trabajos realizados por especialistas durante estos últimos diez años.¹ Me han hecho desistir dos razones: el inmenso volumen de estudios publicados sobre su obra, biografía y pensamiento: tesis, monografías, artículos, etc. Es preciso continuar aquella labor del centenario pero con más medios y tiempo.

Y, también, porque se hace preciso abordar, ahora, otro enfoque más cualitativo que nos ayude a situar la obra de nuestra filósofa a poco más de diez años del centenario de su nacimiento (1904-2004), cuando se celebraron varios congresos internacionales, y próxima la conmemoración de los veinticinco años de su fallecimiento (1991-2016). Es decir, valorar su obra como la de una pensadora del siglo XX que está dejando de ser contemporánea de los lectores de esta segunda década del ya siglo XXI y, sin embargo, mantiene una importante vigencia con lectores cuyo número no deja de crecer.

No obstante, antes de desarrollar este punto de vista, sería injusto no reconocer el salto cualitativo que ha supuesto, durante estos últimos años, para la recepción de Zambrano, el inicio de la edición de las *Obras completas* bajo la dirección de Jesús Moreno. La dificultad en la fijación de sus textos, dados los avatares de su vida y la dificultad en las publicaciones con distorsiones importantes entre la fecha de la escritura y de la edición, hacía imprescindible este esfuerzo que habrá de ser valorado cuando se concluya.² Asimismo, se han de recordar los continuados actos académicos que mantienen fresca su memoria: congresos internacionales (así el celebrado en Londres, 2015, organizado por Antolín Sánchez Cuervo; o el Encuentro que Jesús Díaz coordina cada año en la UNED de Madrid dedicado al exilio y que cuenta siempre con una presencia importante del pensamiento zambraniano; el Seminario barcelonés que dirige Carmen Revilla y que tuvo su última sesión en mayo de este mismo año, traídos aquí a modo de ejemplos cercanos); publicaciones en distintos idiomas, principalmente en francés y en italiano, sin la excepción del inglés, cuya enumeración sería larga, y algunas tesis doctorales ya defendidas que han servido para recuperar fuentes importantes para la interpretación del pensamiento zambraniano (la realizada por María Elizalde sobre la vida y obra de Miguel Pizarro, que ofrece claves de gran interés para la interpretación del pensamiento zambraniano de primera hora; Iliaris Avilés, que ha encontrado documentación del periodo puertorriqueño que completa y matiza la anterior investigación de Sebastián Fenoy; y la que, en breve, defenderá Elena Trapanese sobre el complejo periodo pasado por María Zambrano en Roma). Y está *Aurora*, la revista que acoge estas reflexiones y que goza ya de larga vida, pues si bien nació en 1999, será en 2016 cuando el Seminario, ya mencionado, que dirige Carmen Revilla y que sirvió de fermento, cumplirá sus primeros veinte años. Se trata, pues, de un proyecto consistente y duradero que se suma a los muchos frentes que mantienen vivo el pensamiento de la autora malagueña. Sería injusto no recordar también la presencia constante del pensamiento zambraniano en países de la América de lengua española, con referencia explícita a la UNAM y la Universidad michoacana de Morelia.

Dicho esto, me ha animado a optar por este otro enfoque la publicación reciente de *El ocaso de Europa*, seis artículos escritos por un contemporáneo de Zambrano como fue el cubano Alejo Carpentier

2. Hasta el momento han visto la luz los vols. I (2015), III (2011) y VI (2014). Como se ha indicado, bajo la dirección de Jesús Moreno y editados por Galaxia Gutenberg, con apoyo del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, la Fundación María Zambrano y la Universidad Complutense.

3. Carpentier, A., *El ocaso de Europa. Crónicas de la revista «Carteles», 1941*. Ed. de Eduardo Becerra, Madrid, Fórcola, 2015.
4. Zambrano, M., *La agonía de Europa*. Edición y prólogo de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Trotta, 2000. Si bien tengo un conocimiento fragmentario del coloquio que llevó por título «América ante la crisis mundial» (*V. Plática en La Habana. América ante la crisis mundial*, La Habana, Comisión Cubana de Cooperación Intelectual, 1941), la posición sostenida por Zambrano en una reunión dominada por varones debe merecer más atención para entender bien la posición que mantuvo en relación con América.
5. Me encontré con este sugerente título para un lector de Zambrano en Oyarzabal, I. (Beatriz Galindo), *El alma del niño. Ensayos de psicología infantil*. Ed. de Concepción Bados, Barcelona, Octaedro, 2014. «Ella y el señor Jiménez de Asúa pronunciaron sendos discursos en la sede del Partido Laborista en Edimburgo, los cuales se recogen en la publicación titulada: *La agonía de España. Llamada socialista a la democracia británica*», pág. 19. Debo a la generosidad de Concepción Bados, profesora de la Facultad de Formación del Profesorado y Educación de la Universidad Autónoma de Madrid, el texto original en inglés, que se conserva en la Fundación Pablo Iglesias de Alcalá de Henares.
6. De la segunda hay edición reciente: Oyarzabal, I., *Rescaldos de libertad. Guerra Civil y exilio en México*. Prólogo de Jordi Soler. Trad. de María del Mar Mena, Málaga, Alfama, 2009.
7. Para un mejor conocimiento de esta interesantísima mujer, socialista y católica, activista en la defensa de los derechos de la mujer y con una clara vocación internacional, me remito a los trabajos de Bados, C., «Isabel Oyarzabal Smith: La escritura como compromiso social y político», *Escritoras andaluzas y exilio*, Diputación de Córdoba, 2010, págs. 123-149; Lizarraga, I., «Isabel Oyarzabal Smith: autobiografía y memoria» en *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, Universidad de La Rioja, 2011, págs. 39-66.
8. Madrid, Pegaso, 1941.
9. Paola Coppi acaba de publicar un buen estudio sobre esta cuestión, importante para la comprensión de la orientación que Zambrano fue tomando (más bien retomando) ya durante el periodo cubano, es decir, a muchas millas físicas de Europa pero no olvidemos la dedicatoria de la obra firmada en La Habana (24 de septiembre de 1945): «A mi madre, en el corazón de Europa, de su hija María». En verdad la reflexión había comenzado antes de la Guerra Civil española, como hoy bien sabemos, una vez publicados todos los textos de los años treinta

(1904-1980). Publicados inicialmente en la revista *Carteles* (1941), han sido reeditados en España recientemente por Eduardo Becerra.³ Fueron, pues, escritos prácticamente al tiempo, poco antes y después (1940-1944), y desde la propia Cuba aunque vieran la luz en revistas de Buenos Aires y México, por la propia Zambrano. Hablamos de los textos que conocemos con el título del primero de ellos: «La agonía de Europa».⁴ Asimismo, el descubrimiento, por mi parte, de un texto de título que no dejó de sorprenderme: «The Agony of Spain», *speech*, pronunciado por otra malagueña, de nombre Isabel Oyarzábal (o Isabel de Palencia por el apellido de su marido, hijo del pintor Benjamín Palencia), en la Convención del Partido Laborista inglés en 1936, en una intervención para apoyar a la República en la que intervino con Jiménez de Asúa.⁵ Esta mujer, hija de malagueño y escocesa, nacida en Málaga en 1878, y fallecida en México en 1974, exiliada, pues, como Zambrano, fue autora de obras importantes y colaboradora de la *Revista de Occidente*, cuyos artículos firmaba con el seudónimo de «Beatriz Galindo». Baste citar aquí los dos libros más interesantes para nuestro propósito: *I must have Liberty* (1940) y *Smouldering Freedom* (1945), ambos en inglés y publicados en México.⁶ La sintonía en la fuerte defensa y sin fisuras de los valores que la República representaba, contenidos en estas obras, con los escritos de María Zambrano de ese mismo periodo es evidente. Sin embargo, no he podido comprobar que llegaran a coincidir en alguna actividad durante los años treinta antes de que Oyarzábal se asentara como embajadora en Estocolmo desde finales de 1936 y hasta la derrota republicana, pero ni siquiera en México⁷ parece que coincidieran, ya que por esas fechas María Zambrano se hallaba en Morelia. Quizá en el futuro aparezca algún testimonio que nos haga modificar esta primera apreciación, pues son muchas las coincidencias, sobre todo en su sensibilidad política y social, entre estas dos mujeres de edades bastante diferentes y con destinos singulares aunque coincidentes en el exilio.

Inevitablemente estos textos conducían al clásico de Spengler, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal* (1918-1922), tan pronto traducido al español en Revista de Occidente y publicado por editorial Calpe con traducción de Manuel García Morente, justo en los años en que cursaba sus estudios universitarios la joven María Zambrano. Y al de Paul Hazard, citado por ella misma, cuya obra *La crisis de la conciencia europea: 1680-1715*, publicada en francés en 1935 y traducida por Julián Marías ya en 1941,⁸ debió de leer en su lengua original.⁹ Quedaba, claro está, a su espalda pero en la proximidad de la reflexión, *La agonía del cristianismo* de Miguel de Unamuno (1924), editado en España en 1930. Escrito, pues, al inicio del destierro del rector salmantino, se publicaba en España coincidiendo con su regreso.¹⁰ Este libro, como su propio autor subrayaba para la edición española, restablecía «el verdadero sentido originario o etimológico de la voz *agonía* como lucha». «Gracias a ello —decía su autor— no se confundirá a un agonizante con un muriente o moribundo. Se

puede morir sin agonía y se puede vivir, y muchos años, en ella y de ella.»¹¹ Y a Unamuno volvió una y otra vez Zambrano para reafirmarse en su posición, tras haber pasado por José Ortega y Gasset, a quien sí tuvo de profesor. Este bucle envolvente de Zambrano recuperando a Miguel de Unamuno, casi en exclusiva (salvo alusiones más pasajeras), de los intelectuales de la Generación de los 70, como gustaba de decir Baroja, constituye una de las claves para comprender la singularidad que toma el diagnóstico realizado por nuestra filósofa. Pues Unamuno fue el eslabón que le permitió «encadenarse» a la historia de España y de Europa en su recíproca distancia desde el siglo XVI. La cuestión religiosa estaba ahí pendiente de ajuste. Los otros nexos venían siéndolo y así seguirían, por paradójico que pudiera parecer por trayectoria y biografía de sus autores, pero exigida por la propia divergencia a la que era empujada, por el novelista Pérez Galdós y por el historiador «católico» Marcelino Menéndez Pelayo. Ambos la ponían en el itinerario dual seguido por España desde aquel siglo con que se iniciaba la modernidad, el del humanismo y la reforma religiosa, también el de la conformación de la conciencia. Y en ese fondo, lógicamente, aparecía Cervantes, con él su creación: novela, y con ella, el personaje protagonista. En esta secuencia.

Disponemos hoy, gracias a la magnífica edición de Mercedes Gómez Blesa, del lúcido libro que Zambrano escribió, según las fechas fijadas por la propia editora, hacia 1940-1942, si bien sabemos por las cartas escritas a Mariano Quintanilla que el proyecto estaba en su mente con anterioridad.¹² Unamuno es un elemento clave y sólido para llegar al núcleo de lo que Zambrano quiso expresar y que, finalmente, es la clave que ha hecho de su obra casi una lectura de culto para muchas personas de cualquier condición y más allá, no de la filosofía, sino de esta o aquella especialización.

En el punto de la divergencia, antes aludido, estaría su padre, «enhebrador» frente a las causas que amenazan siempre la fractura a punto de producirse pero no por ello, y al mismo tiempo, ajeno a las contradicciones que en el proceso de reconstruir la historia se iban produciendo.¹³ Sin volver ahora sobre lo ya dicho en otros lugares sobre la herencia familiar, no solo la paterna sino la de antepasados de los que tenemos noticia por lo que ha dejado escrito (que no publicado) Soledad Zambrano, prima de María e hija del Diego José, hermano de Blas,¹⁴ conviene no olvidar que esa tremenda afirmación que sigue a la confesión sobre su padre remitía a una herencia probablemente de siglos: «Para mí no hay sitio en ninguna parte... [...] Y a partir de esa verdad de que para mí no hay sitio en este mundo, considero prodigioso todo lo que he logrado: vivir con decoro sin haber caído en la miseria un solo día, sin haber tenido que hacer demasiadas concesiones aunque algunas he hecho... Porque lo curioso es que eso mío que no es de este mundo es lo que me ha servido para sostenernos. Cuando lo pienso me parece algo increíble».¹⁵

y, además, conocidas cartas ya del exilio donde señala los proyectos que su cabeza y corazón transportaron al otro lado de los Pirineos y, luego, al otro lado del Atlántico. Coppi, P., «María Zambrano. La democracia humanizada». *Actas del I Congreso Internacional de la Red Española de Filosofía*, vol. VI, 2015, págs. 63-68. En el Simposio celebrado en la universidad alemana de Kiel (diciembre de 2011), Ricardo Tejada presentó también un interesante trabajo sobre el tema: «Sacar a la luz la crisis de Occidente. En torno al diagnóstico y a las terapias defendidas por Camus y Zambrano para curarse de esta», en Gómez-Montero, J., *Ethos & Polis: Europa y la Ciudad en el pensamiento de María Zambrano*, Kiel, Ludwig, 2014, págs. 117-130.

10. Madrid, Renacimiento, 1930.

11. Unamuno, M. de, «Prólogo a la edición española» firmado en Salamanca, octubre de 1930. Utilizo por comodidad la edición de *La agonía del cristianismo*, Madrid, Austral, 1942, págs. 11-12.

12. Zambrano, M., *Unamuno*, Barcelona, Mondadori/Debate, 2003. Mora García, J. I., «Correspondencia entre María Zambrano y Mariano Quintanilla», en *Revista de Hispanismo Filosófico. Historia del Pensamiento Iberoamericano*, 15, 2010, pág. 207. En carta firmada aún en Barcelona (6 de enero de 1939), y escrito a mano tras la firma, le dice a su interlocutor que tiene el proyecto de tres libros y uno de ellos es sobre Unamuno. Los otros serían sobre poesía y sobre Antonio Machado.

13. Sobre Blas J. Zambrano y sobre las múltiples referencias que en la obra de su hija hay sobre su progenitor he escrito con frecuencia. Recuerdo aquí, por la fecha y por el contenido, la carta escrita a su madre y hermana, residentes entonces en París, desde la Habana el 1 de enero de 1946. Como introducción al relato de un sueño de carácter edípico, María confiesa: «... he sentido desde que nací una vocación intelectual, eso solo no me justificaría ante mis propios ojos. Pero cuando recuerdo, y no tengo necesidad de recordarlo porque no lo he olvidado, lo que esa vocación significó para nuestro padre, me tranquilizo. Pues me digo: ¿cómo deslindar la parte mía en esa vocación de la parte suya?». Recogida en Zambrano, María, *El exilio como patria*. Edición de Juan Fernando Ortega, Barcelona, Anthropos, 2014, págs. 16-17.

14. Zambrano, Soledad, *Mis vivencias, anécdotas y recuerdos familiares*, 2012 (inédito).

15. Zambrano, M., *El exilio como patria*, O. C., pág. 17.

16. Se trata de una de las cartas enviadas a Gregorio del Campo: Santiago Bolaños, M., *Cartas inéditas (a Gregorio del Campo)*, Ourense, Linteo, 2012. Las he comentado en un estudio sobre ese periodo anterior a la guerra, pues, aun siendo una edición no carente de problemas, contiene información interesante sobre sus lecturas de esos años. Por ejemplo, que tuviera como libro de texto la *Historia de la Filosofía* de Harald Høffding, filósofo danés, autor de este libro hacia 1894-1895, que fue traducido y publicado en castellano por Pedro González Blanco en la editorial Ginés Carrión, 1907. Sobre Harald Høffding puede consultarse la página de Santiago Valentí Camp en 1922, www.filosofia.org.

Véase Mora García, J. L., «María Zambrano en *Hora de España*», en Larraz, Fernando (ed.), *Estudios de Literatura, Cultura e Historia contemporánea*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la UAM, 2015, págs. 231-256.

17. Serrano, C. y Salaün, S., *Los felices años veinte*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

18. Zambrano, M., «José Ortega y Gasset, filósofo español», recogido en *Andalucía, sueño y realidad*, Granada, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1984, págs. 195-225, primera de las lecciones dadas sobre el maestro en La Habana. Es solo un ejemplo de los muchos en que Zambrano trae al recuerdo el papel desempeñado por Ortega en la filosofía española.

Desarraigo de tiempo lejano, herencia familiar entre la tradición de hijosdalgos que llegó casi al final de la Restauración y la nueva burguesía desarrollada durante los años de la primera Gran Guerra que produjo un choque en medio del cual se encontraron las llamadas clases populares, más bien, digamos, el pueblo. Los tiempos de Alájar, Granada, Vélez-Málaga, y luego Segovia, mostraron a la familia esa realidad difícil que les iba empujando hacia Madrid cómo ciudad de la superación, tierra de promisión llega a considerarla. Alimentada su nostalgia por la vida en una pequeña ciudad como Segovia, llega a sostener: «si vieras cómo me ahoga este ambiente pequeño, de comineo y de ridiculidad [...] Sin uno quererlo se consumen las mejores energías en luchar contra esas cosas [...]. Por ello, te lo repito: Madrid y Madrid».¹⁶

Y un poco por delante José Ortega y Gasset, el catedrático y maestro que la ponía en contacto con la razón moderna al final de la primera década del siglo, culminación y comienzo de la crisis. Su pronta propuesta de calificar a la razón de vital y, más tarde, de histórica, coincidió ya con hechos dramáticos para Europa y decisivos para España. El gran desarrollo de las ciencias sociales —al igual que las naturales— y de la pedagogía creó unas expectativas reformadoras que tendrían como base todas las instituciones implicadas en la educación: desde la escuela a la universidad, y desde las universidades populares a los ateneos obreros. Era la razón poderosa, expresión de las vanguardias, creadora de una cultura vitalista que pronto comenzó a mostrar sus excesos al trasladarse al ámbito político y a otros ámbitos cuando una parte de la sociedad estaba esquelética. Los famosos «felices años veinte»,¹⁷ calificativo hoy bien puesto en duda, fueron los años universitarios de María Zambrano cuando Ortega y Gasset y García Morente desarrollaban su plan reformista en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid. Nunca olvidó aquel tiempo ni al maestro por más que se agrietaran las relaciones.¹⁸ Mas ahí comenzó a fermentarse la experiencia del fracaso junto con la aparentemente antagónica, la imprescindible esperanza formulada por Ortega en términos muy concretos. En verdad, pues, ambas fueron iniciadas por la generación anterior, pero fue la suya —la de quienes tenían unos veinticinco años hacia 1930— la que hubo de «afrontarlas»; sí, esa es la palabra y no las de «enfrentar» o «confrontar». Porque la sensación de fracaso apareció en plena efervescencia de esperanza, hasta el punto de no saber bien cuál fue anterior o si fueron casi simultáneas. Algunos maestros fueron los primeros en batirse en retirada; otros mayores y jóvenes como Zambrano o mujeres que habían luchado por su emancipación, como Isabel Oyarzábal citada más arriba, resistieron en la esperanza y se convirtieron en baluartes del espíritu republicano.

El resto de la historia es conocido. Para quienes mantuvieron este espíritu de afrontar el fracaso como forma de la esperanza sufrieron el exilio, entendido en su radicalidad, pues hasta esta experiencia humana tiene su graduación. Si hacemos caso al diccionario, esa

forma nueva de estar consiste en «mirar con entereza o con el estado de ánimo con que expresa alguna dificultad o peligro que se tiene delante». Mas ¿qué sucede si no se trata de alguna dificultad concreta, individual, pasajera sino de la vida misma como dificultad? Se dieron cuenta taxativamente de que estaban viviendo sobre un volcán. Dicho de otra manera: ¿qué sucede si realmente de lo que hablamos es de una realidad permanente o muy duradera? Pues que caben dos actitudes: unos optaron por hablar de la decadencia (declinación) o del ocaso como hicieron Spengler o Carpentier. En este caso, o no cabe la esperanza o esta se halla en otro lugar. Otros —otras más bien, pues fueron estas dos mujeres, Isabel Oyarzábal y María Zambrano— tomaron como asidero la agonía en el sentido unamuniano. Solo en este caso la esperanza se hace presente en la radical experiencia del fracaso que se afronta como una realidad humana en todas sus dimensiones. Creo, por ello, que acierta Jesús Moreno al titular su nota aclaratoria de la edición sobre *La agonía de Europa* como «Europa, un lugar de la esperanza», pues ese es el ensayo central de los publicados en estos años, siendo el primero, el que da título al libro, solo el diagnóstico.

Aquí reside realmente el porqué de adoptar esta orientación sobre la recepción y la vigencia del pensamiento zambraniano frente a una propuesta más cuantitativa. Creo que al afrontar Zambrano el fracaso como forma radical de la esperanza fijó el núcleo de su pensamiento. Es una propuesta de riesgo, pues la esperanza es una virtud teológica que se necesita tomar prestada para la filosofía desde la experiencia religiosa y convertirla en «virtud» antropológica y, por consiguiente, histórica. Mas, claro está, es que no hay propiamente vida humana e historia, ambas solo pueden serlo racionales, sin esperanza; y si bien Ortega utilizó la idea de «vida como proyecto» y de ella parte su discípula, era preciso un giro más hacia adentro al no renunciar a la pregunta por el sentido de la vida misma. No hay nada más contradictorio que una razón sin esperanza, es decir, «desesperada», porque, sencillamente, es la negación de la razón misma.

Zambrano tocó aquí una clave que no siempre ha sido entendida por los filósofos «profesionales», que la acusan de haber introducido en la filosofía elementos perturbadores hasta hablar en términos lógicos de «falsa filosofía».¹⁹ Lejos ahora de ningún ánimo polemista, pues se agradece el debate intelectual y la publicación de una reseña tan pormenorizada de un extenso libro. Creemos que antes de atreverse con un juicio de esta naturaleza sobre la filosofía —excluyamos dudas sobre la denominación— de María Zambrano, sería preciso que se dijera cuál es el campo de la ortodoxia que se fija, no solo para los temas sobre los que se dice que no los hay menores sino sobre el método. Sobre este tema la propia filósofa ya publicó un libro aclaratorio (*Notas de un método*, 1989, reseñado también en *El Catoblepas*, mayo de 2004, pág. 7, por Fernando Rodríguez Genovés) y no incidiré más sobre las diferencias de dos enfoques cuya

19. «Es de destacar también el interés, a nuestro juicio exagerado, que se percibe en el volumen por la figura de María Zambrano, tanto en España como en Italia. Y no queremos decir que Zambrano carezca por completo de interés para muchos, aunque a nosotros no nos mueva a demasado ello, sino que objetivamente la malagueña tiene poco de filósofa, quizá sí de *intelectual*, de *pensadora*, de literata o poeta, cuando no de sofista, pero no de filósofa. No es que lo que hace lo consideremos una filosofía falsa, es que lo consideramos una falsa filosofía. No ya porque creamos que los temas que trata no son de interés, o son temas menores —en filosofía no hay tema pequeño—, sino porque lo hace, precisamente, asistemáticamente y con un estilo y lenguaje preñado de innecesario sentimentalismo que se aleja considerablemente de ese saber de segundo grado riguroso y sistemático en que consiste la filosofía —sin que con esto queramos decir que la filosofía deba hacerse “fríamente” o “asentimentalmente” o que por implicar sentimientos lo que se dice signifique necesariamente que no es filosófico—.», Martínez Alcocer, Emilio, reseña del libro: Mora García, J. L.; Lara, C.; Barroso, O.; Trapanese, E., *Filosofías del Sur*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi / Asociación de Hispanismo Filosófico, 2015. El *Catoblepas*, n.º 161, 2015, pág. 10.

20. No deja de resultar curioso que los filósofos que representan esas dos líneas formen parte, junto a otros ocho hasta constituir una decena, de una misma antología: Ramos, N. y Casquet, S., *Pensadores españoles universales*, Madrid y otras ciudades, LEO, 2014. La realidad empresarial habría producido el «milagro».

diferencia más importante radica en cómo enfrentarse a la historia como dimensión problemática del saber filosófico mismo.²⁰

Lo cierto de la propuesta zambraniana es que bien entrado el siglo XXI llega a un buen número de lectores de muchos países y tiene toda la legitimidad para ser considerada ya una filósofa clásica. Otra cuestión es que recorriera su propio itinerario no exento de heterodoxias, mas ¿quién dijo que lo genuino de una forma de pensar no resida precisamente ahí? ¿Cuál es el precio que determinadas filosofías pagan por la coherencia del discurso? ¿Cuánta realidad o cuantas realidades sociales, políticas, culturales, históricas en definitiva, quedan fuera de discursos considerados coherentes? No basta la coherencia del discurso, necesaria pero no suficiente, pues se precisa acertar con el diagnóstico de la realidad que está al otro lado de las reglas de la lógica y lo difícil es no dejar nada —nadie— fuera si la filosofía desea ser un saber realmente universal. Del principio de no contradicción y su difícil realización en la vida llamada real, habló ella misma.

Pues este debate, que ha llegado más vivo que nunca a nuestros días, fue el que vivió, y por consiguiente se vio obligada a pensar, la generación de 1929 a la que pertenece María Zambrano y que venía ya planteado con anterioridad desde, al menos, dos o tres décadas. Mas si los anteriores lo habían pensado, a ellos les tocó vivir sus consecuencias.

Formada, pues, en el primer tercio del siglo XX, apuntado su pensamiento progresivamente desde 1930, lo escrito ya desde el exilio presenta inevitablemente la necesidad de «afrontar el fracaso» ya realmente producido y experimentado, al tiempo que recuperar el sentido —es decir la esperanza— para otro tiempo en el cual ya no podrá vivirse sin la experiencia sufrida. Este sí fue un viraje importante: no se puede olvidar la legitimación del origen, pero el hombre es irremediabilmente historia. Por consiguiente, la esperanza que se proponga habrá de salir inevitablemente del fracaso, no puede serlo ya de una plenitud inexistente; y, además, habrá de serlo más para el «hombre de carne y hueso» que para el sujeto puramente racional, pues los esfuerzos realizados para su rescate hasta la segunda mitad del XX, tras el llamado «mal de siglo» y la crisis del cambio de centuria, han resultado insuficientes o, más todavía, en una de las derivas tomadas por la propia razón, radicalmente contraproducentes. Se trata, pues, de buscar un modelo de universalización desde la «sangre» y no solo desde el pensamiento. Esto lo sostuvo hasta las últimas entrevistas que le realizaron.

Este me parece que es el esfuerzo que percibe más un lector del siglo XXI, heredero, a su vez, del exceso de formalización de la realidad practicado por los positivistas de la segunda mitad del siglo pasado que llegaron a convencerse (y quizá convencernos) del llamado «fin de la historia», es decir, de un encefalograma histórico plano

bajo el ordenamiento de la razón científico-técnica. La crisis de este nuestro tiempo es consecuencia de este exceso que está produciendo el mismo número de refugiados que produjo el siglo anterior, solamente que provenientes de países diferentes. Afrontar, pues, el fracaso y buscar ahí nuevas razones de esperanza sigue siendo el mismo reto que tuvo delante Zambrano. La cuestión problemática de la filosofía zambraniana consiste en llegar a considerar si la reiteración de estas situaciones nos debe hacer pensar que la condición del hombre es realmente la del fracaso. Si el ser humano lo es realmente en el fracaso, en el exilio, y si la esperanza que se rescate solo puede nacer de esa condición. Claro está que esta reflexión nos une inevitablemente a la condición de los demás seres humanos y se diferenciaría de aquella que propone vivir el instante, el propio tiempo o «lo positivo» de cada momento, reduciendo la realidad a la realidad propia (que no a la propia realidad). ¿Es este límite que fija una filosofía frente a la que no renuncia a esa doble frontera que constituyen la experiencia estética de la poesía y la de la religión por considerar imposible darse las respuestas que se necesitan sin las aportaciones de ambas?, ¿radica aquí la distancia que se produjo con Ortega cuando le presentó «Hacia un saber sobre el alma»? Dicho en términos machadianos: sería pasar de la razón pura a la pura razón, pues es ahí donde la persona nunca desaparece al no quedar reducida a conciencia epistemológica sino que mantiene su ser íntegro. Por cierto, no deja de llamar la atención el auge tomado en los últimos tiempos por el «pensamiento emocional», aunque dibujado desde otras claves, que encontraría raíces aquí o, con otras coordenadas, en Zubiri.

Así pues, la vigencia de María Zambrano se debe, principalmente, a que llegó a tocar ese fondo en que el ser humano se experimenta como problemático, y lo hizo sin huir de su descubrimiento y «afrontándolo». Aquí estaría la diferencia con el pensamiento de la superficialidad que, partiendo de la misma experiencia del acecho del fracaso, busca salidas permanentemente provisionales, planificadas «técnicamente» para cada ocasión. Por eso el estremecimiento que produce su pensamiento, al obligar a vivir no instrumental sino radicalmente. Es una apuesta de riesgo y seguramente obliga a «algunas» concesiones, digamos en el rigor, como ella misma reconocía en el texto antes citado para otro orden de cosas. Es, en todo caso, la suya y la que propone a sus lectores. La que conduce a una especie de fidelidad sin matices o, por el contrario, lleva al rechazo. La que, es verdad, hace difícil una lectura desde una distancia justa que no es fácil encontrar. Mas esto mismo vale para otros muchos autores.

El itinerario recorrido por ella fue largo y en él hay muchos componentes. Hija de un hombre de la generación de la crisis de fin de siglo, Blas Zambrano (1874-1938), tuvo pronto acceso a lecturas y, sobre todo, a experiencias, a través de su propio padre y, tal como ella reconoció siempre, vinculadas a la crisis que confrontaba el

21. Sirva ahora como síntesis el libro de Litvak, L., *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona, Puvill, 1980.

22. Malaparte, C., *En torno al casticismo de Italia*. Prólogo y traducción de E. Giménez Caballero, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1929. La página interior del título se ilustra con la imagen de Erasmo de Rotterdam. Debo a la generosidad de Elena Trapanese el siguiente dato: en carta del 4 de diciembre de 1912 el doctor Pittaluga pregunta a María Zambrano si ha leído las últimas obras de Malaparte: *La Pelle* y *L'orologio*. No hablamos, pues, de un contacto ocasional o pasajero.

positivismo del XIX con las nuevas realidades sociales y políticas que pusieron en jaque el modelo de universalidad atribuido a la historia, a la psicología humana y a la cultura. Los discursos conceptuales omniabarcantes entraron en crisis —no el método científico propiamente hablando, pues la ciencia y la técnica siguieron su desarrollo como puede comprobarse en cualquier historia de la ciencia de la primera parte del nuevo siglo— y la literatura tomó el relevo. Hasta su propio padre se aventuró en esta forma de escritura, con poco éxito ciertamente. Se formó luego, aunque por libre, en la Facultad que lideraba Ortega y llegó a Madrid con veintidós años, cuando la dictadura de Primo de Rivera comenzaba a mostrar agotamiento y los estudiantes ensayaban nuevas formas de organización social y política. Eran, filosóficamente hablando, tiempos de esfuerzo por recuperar el concepto renovado, puesto al día cuando un Ortega pujante había ido proponiendo su plan de europeización para España basado en la razón científica. Mas no solo Ortega sino una serie de intelectuales que se organizaron en torno a revistas, instituciones educativas y culturales, «clubs» que fomentaban la emancipación de la mujer, etc.

Hasta este momento, seguramente, había tenido la oportunidad de atender al enorme debate acerca de la diversidad cultural entre los países anglosajones y los latinos.²¹ Es esta una cuestión clave para entender su posterior toma de posición sobre España y Europa. De este debate formó parte el libro de Spengler que planteó dos cuestiones radicales: la que afecta a la comprensión de las partes del mundo y el todo, es decir, aquellos planteamientos que erigen una parte como si fuera el todo. Dicho de otra manera, la corrección de las historias que pasaban por universales pues lo eran en falso. La otra trataba de modificar la anterior y planteaba la necesidad de constituir una ciencia histórica que operara como lo hacía ya la ciencia de la naturaleza. Sería interesante comparar este planteamiento con el manual de Höffding que ella estudió en la universidad. Mas lo importante ahora es constatar que María Zambrano tuvo conciencia de la crisis de las construcciones universalistas y de la inevitable apuesta por la historia.

En 1929 Ernesto Giménez Caballero traduce textos de Curzio Malaparte con los que compone una antología a la que añade un, digamos, sugerente prólogo, bajo el título «Carta a un compañero de la joven España», que antecede al libro titulado, ni más ni menos, que *En torno al casticismo de Italia*.²² El ejemplar, del que solamente estaban abiertas las páginas del prólogo, se conservaba en la casa que Asunción Alarcón tenía en Fuente el Olmo de Fuentidueña (Segovia), casa a la que iba la familia Zambrano en los veranos cuando residían en Segovia y, con seguridad, lo harían en los años siguientes cuando residían ya en Madrid. La apuesta por volver al «buen Renacimiento» latino frente al germanizante, la apuesta por la unidad de España y la recuperación del papel desempeñado en Europa por los países del sur fue, en aquellos años de *La Gaceta*

Literaria, sostenida por muchos. Era una revisión estética de la historia, en aquellos momentos atractiva, pues la retórica empleada era realmente seductora hasta el punto de que tardaron en ver que llevaba dentro una propuesta autoritaria del fascismo. Es claro que Zambrano vivió, alrededor de sus veinticinco años, este debate, finalizada la Gran Guerra, iniciado el fascismo italiano desde 1922 y en periodo de germinación, durante la República de Weimar, el nazismo que ascendería al poder pocos años después, en 1933.

¿Fracaso de Europa? No sé si eran conscientes entonces. La realidad fue conocida tiempo después. Crisis del liberalismo ciertamente, en Europa y en España, por agotamiento interno de su doctrina como Zambrano expuso. *Agonía del cristianismo*, el tremendo libro de Unamuno que aparecía entonces en España proponiendo al cristianismo como «valor del espíritu universal que tiene sus raíces en lo más íntimo de la individualidad humana», pues «siendo un problema estrictamente individual [lo es] universal»,²³ frente a las mixtificaciones de carácter nacional (p. ej. Maurras), las de carácter social relativas a la justicia social o las políticas (incluida la defensa de la democracia). La propuesta unamuniana del «puro cristianismo evangélico que apuesta por la vida eterna fuera de la historia» obligaba a buscar la voz de los hombres en la historia sin olvidar esa lección, y remitía a la autonomía e independencia de *La ciudad de Dios*. La esperanza de la generación de 1929 había de nutrirse de ambas propuestas no fácilmente compatibles. Tanto que ni el propio Unamuno quizá pudo superar el problema interno de su propio planteamiento. Para muchos fue la República esa esperanza que se esforzaban por hacer llegar, participando en la conjura contra el general Balaguer y los monárquicos. Fue el 14 de abril de 1931 cuando llegó el entusiasmo frente a la vieja España de la monarquía y la miseria del pueblo. Su testimonio autobiográfico, *Delirio y destino*, muestra ese volcán en el que todo se cocía: la esperanza, ahora consumada que mostraba el riesgo del fracaso desde el primer instante. Y es verdad que el fracaso se consumó, como es sabido, mas no renunciando a la esperanza, como demuestran todos sus escritos del periodo republicano, incluidos los años de guerra civil. En este sentido los publicados en Chile, al igual que los posteriores en *Hora de España*, muestran una convicción bien lejana de la asunción del fracaso: el «por eso volvemos» frente al «no es eso, no es eso».²⁴

Fue a comienzos del otoño de 1936 cuando Isabel Oyarzábal retomó el término «agonía» para aplicarlo a la situación de España: *The agony of Spain* era una llamada a los socialistas de la democracia británica, un alegato político dirigido a mostrar el esfuerzo de la República a favor de la democracia y la libertad, como lo había hecho en su discurso Asúa, acentuando el coraje del pueblo: «The enthusiasm of the people, the heroism of de the people, is such that I can tell you I have seen the lorries full of our lads going up to the front, with placards written all over, “To the front for the democracy of the world!”»²⁵ Lo importante es el tono del texto, que si, por una

23. Unamuno, M. de, *O.C.*, pág. 15.

24. Para un mejor conocimiento de estos escritos, me remito a la presentación y edición de los textos zambranianos realizada por Antolín Sánchez Cuervo en el vol. 1 de las *O. C.*, pág. 107 y ss.

25. Este texto se publicó en las ediciones del Partido Laborista con una foto del *Daily Herald* bajo el título *The Agony of Spain. Socialist Appeal to British Democracy*, pág. 6. En la reproducción de que dispongo, gracias a la generosidad de Concha Bados como antes indiqué, no figura la fecha exacta.

26. Carpentier, A., *O.C.*, pág. 107.

27. Sobre la civilización griega había dictado su padre el discurso de apertura del Instituto de Segovia en 1910, que ella tendría oportunidad de leer años después. Asimismo, en los próximos meses saldrá publicada la edición realizada por Luis Miguel Pino del *Resumen de la Historia del pueblo griego*, que D. Blas dejó inédito en algún cajón tras haberlo terminado en 1919.

parte, mantiene el significado original de la palabra «agonía» que le dio Unamuno, mantiene, igualmente, esa dosis de esperanza que podemos ver en los escritos de Zambrano, si bien estos pertenecen a la época del fracaso consumado y a la crisis de la democracia europea en plena Segunda Guerra. Cuando Oyarzábal escriba sus memorias, ya en México, las ideas de «hambre de libertad o «rescoldo de libertad» se mantendrán bien explícitas. Conviene contrastarlas con la orientación de los artículos de Carpentier de ese final de 1941, quien muestra abiertamente su desesperanza con Europa: «Que la actividad intelectual de los más viejos núcleos culturales de Europa *ha dejado de constituir una necesidad para América*».²⁶

Todo este itinerario aquí comprimido, que sería necesario mostrar en el desarrollo de sus múltiples matices, junto a otros factores concomitantes que ayudan a explicar las dimensiones de ese volcán en que vivieron y escribieron, marca radicalmente la orientación de la filosofía de María Zambrano que reflexiona sobre el fracaso, su naturaleza y su gestación, o sea, sus causas. Y ello con el ánimo de obtener razones para la esperanza aunque sea ya sin lugar alguno.

Queden aquí apuntados los aspectos más importantes:

1. Remisión al origen de la filosofía ya iniciado en algunos artículos anteriores al exilio con el doble objetivo de reafirmar el valor de la razón y la necesidad de su revisión frente a cualquier tentación de irracionalismo. Será en este punto donde la remisión, primero, a lo sagrado, a lo divino, después, y, finalmente, a lo racional marque esa profundización que da al pensamiento de Zambrano su sesgo más característico.

2. En relación directa con el punto anterior, la necesidad de reflexión sobre Europa, sus orígenes y la naturaleza de su propuesta, lo que llamará el «nacimiento de Europa», no vinculado a un espacio sino a un sistema de valores y, para ella, san Agustín fue ese hacedor. Él habría hecho nacer al «hombre nuevo» que «ya sabe lo que tiene que esperar», corrigiendo el pesimismo griego, más atento a la razón que a la vida misma.²⁷

3. Y, finalmente, la historia de España en sus orígenes, es decir, en el Renacimiento del siglo XVI, periodo clave para el devenir, pues hubo la oportunidad de reconstruir «entonces» —quizá el primer «entonces» de algunos otros— ese hombre nuevo en su íntegra dimensión, pero la fractura europea consumó la fractura del hombre mismo. La filosofía que se refunda en el siglo XVII lo es ya de la renuncia a esa integridad para apostar por un pensamiento reductor del ser humano en su instalación en el mundo.

Quedaría un último apartado al que terminan confluyendo los anteriores. Se trata de la pregunta por el fracaso de lo acaecido en el XVI, que habría excluido a personas capaces de construir coherentemente un Estado dotado de una filosofía humana. Es decir,

España. Frente a esa realidad el desarrollo de la razón barroca, y luego la ilustrada, que habría reducido al hombre a conciencia primando la eficacia por encima del sentido.

Era preciso revisar toda la historia desde el volcán de tres guerras que hacían agonizar a Europa entera, con España dentro, hasta consumir las exclusiones —exilios— de los considerados heterodoxos de todos los tiempos y de cada uno de ellos. Serán tres décadas de producción bien coherente desde sus primeros escritos en México, estos de La Habana y Puerto Rico hasta el periodo de Roma. Un esfuerzo titánico por afrontar el fracaso de la historia que debía mostrar que, aun desde el fracaso, como hecho histórico, es decir, desde la derrota, se puede ganar la esperanza. Porque, efectivamente, lo que aprendieron fue que fracaso y derrota no son experiencias coincidentes. Tan solo se había perdido, afortunadamente, la ingenuidad de la primera razón y de la reformulada en la modernidad. Mas para la reconstrucción del «entonces», el arte en todas sus manifestaciones, literatura, pintura, música como expresión de una experiencia anterior a ellas, es imprescindible. Solo la verdad estética puede corregir la verdad histórica, mas no faltando a la verdad sino poniendo esta al servicio de la esperanza, como había hecho Cervantes tan lúcidamente a comienzos del XVII, o Pérez Galdós en la segunda mitad del XIX. Con seguridad aquí reside la razón del «éxito» del pensamiento zambraniano a veinticinco años de su fallecimiento: en la apuesta por la agonía en el sentido unamuniano que trae la esperanza al tiempo que combate los riesgos de caricaturizarla.

Pero ¿hay tiempo aún en la historia para los ideales que tienen su origen más allá de los hechos o los razonamientos cuando el idealismo ha mostrado su insuficiencia, cuando no su perversión, en su intento por reducirlos a la sola razón pura?

Tras aludir a la que considera una «enfermedad europea» consistente en la «fatiga de seguir viviendo en tensión», concreta este estado en las siguientes palabras: «Cansancio de la lucidez y del amor a lo imposible y abandono del saber más peculiar del hombre europeo: *el saber vivir* en el fracaso». ²⁸ Para llegar aquí han ocurrido dos cosas: primera, el descubrimiento de que la identificación de fracaso con derrota solo se produce cuando «la fatiga de este consustancial idealismo puede llamarse pragmáticamente necesidad de “éxito” inmediato...», ²⁹ pero no cuando la lucidez de hallar esperanza de un mundo mejor viene exigida, en términos históricos, por la conciencia misma del fracaso, ya que no es posible acceder a la plenitud originaria, previa al tiempo histórico. Y segunda, la quiebra del concepto de utopía, tan desarrollado en los siglos XVI y XVIII. Como señala Olivia Muñoz-Rojas, ³⁰ aunque Google detecta más de 63 millones de búsquedas de esta palabra, «su impopularidad sigue siendo la misma [...] Significa, eso sí, que la utopía, como intento de imaginar una sociedad mejor o ideal, no está de moda». Mas esta

28. Zambrano, M., *La agonía de Europa*, O. C., págs. 84 y 85. El subrayado es mío.

29. *Ibídem*, pág. 84.

30. «El lugar de la utopía en el siglo XXI», *El País*, 29 de mayo de 2015, pág. 11.

31. Muy significativamente en el coloquio a que nos referíamos al comienzo (nota 4) termina una de sus intervenciones con las siguientes palabras: «Y bien, yo me daría no solo por satisfecha, sino que me sentiría feliz con llevarme de esta reunión, atesorado para seguir alimentando mi soledad, un destello de fe en la inteligencia. Y la fe, me permito decirlo, es enemiga de la crisis, porque es hermana de la esperanza, y la esperanza lo es de la paciencia». Zambrano, M., *Plática en la Habana... O. C.*, pág. 107. Para una reflexión sobre el pensamiento de María Zambrano ante la crisis: Martínez de la Escalera, Ana M., «María Zambrano. Una escritura frente a la crisis»; Rivara, G., «María Zambrano frente a la crisis de la razón», en Rivara, G. y Lizaola, J., *Exilio y razón poética. María Zambrano en el centenario de su nacimiento*, México, UNAM, 2009, págs. 23-30 y 49-69.

doctora por la London School of Economics no deja de echar mano de un concepto bien zambraniano cual es el del sueño, pues concluye que «la historia demuestra que los sueños de hoy pueden ser realidades mañana». Zambrano aprendió esto de la protagonista de *Misericordia* que soñaba porque sentía hambre. Solo cuando se tiene conciencia del hambre se plantea la necesidad de saciarla. Es probable que nuestras sociedades occidentales —las de la decadencia o el ocaso— se sientan saciadas y crean haber superado la conciencia de tener hambre. Con seguridad, la filosofía de Zambrano, incómoda y problemática, se sitúa en ese margen en que la razón está en disposición de mostrar que no hay realidad que pueda saciar por completo la esperanza, no de progreso sino de mejora.³¹ Porque es en este segundo proceso cuando nos encontramos con el legado del Renacimiento: la permanente lucha —¿agonía?— por la dignidad humana. Hablamos de una «utopía» realista e histórica. Supo enseguida que no hay propiamente hablando Filosofía, ni Poética ni Ciencia sin sueño creador, o, por mejor decir, sin una apuesta de la razón por la esperanza. Al fondo de la historia estará siempre el ser humano.

